

CEMENTERIO

Y le dio esta orden: "Puedes comer de todos los árboles que hay en el jardín, exceptuando únicamente el árbol del conocimiento del bien y del mal. De él no deberás comer, porque el día que lo hagas quedarás sujeto a la muerte".

Génesis 2: 16,17

El cuadro sinceramente asusta. Sobre un fondo violáceo y oscuro surge el interior del cementerio tal como era en aquellos años. Resaltan la bóveda y su fatídico contenido por los tonos claros; el cura escupe llamas rojas como sermón y su cara denota vehemencia. La multitud mira absorta y enajenada al cadáver. Mis emociones quizás confundan la percepción que me he ido formando mientras lo pintaba, y aún hoy perduran cuando lo contemplo. Pero así es la naturaleza humana, parcial, individual y casi intransferible.

Mi nombre es Mauricio Grassía. No creo que sean necesarios mayores datos. Llegué a ser el encargado del cementerio de Montañas Rocallosas porque buscaba hallar esa tranquilidad inexistente en mi trabajo como bioquímico en un laboratorio de análisis clínicos. Para mi mayor regocijo encontré una paz soberbia, incomparable; presumo que por el miedo ignorante que la gente tiene a quienes trabajamos con los muertos. Creen en una especie de comunión con el diablo o los espíritus que de alguna manera permanecen un tiempo en esta vida. Anteponen a la razón, la estupidez.

Los recuerdos nunca me dejaron tranquilo, más bien han ido deteriorando mis nervios hasta hacerme parecer loco y ermitaño. Pero es que aquellos acontecimientos modificaron mi conciencia y mi interpretación de la existencia; a veces me despierto en medio de pesadillas terribles como la que acabo de padecer y no logro volver a dormirme.

Llama la atención por la nula injerencia en el desarrollo de los acontecimientos subsiguientes y por lo supuestamente insignificante, pero lo cierto es que nunca he podido olvidar las caras semifelices (o más bien llenas de esa serenidad que otorga el placer de una recompensa excesiva luego de un trabajo sencillo) de los herederos. Esas caras me sonreían y atemorizaban hace unos minutos, ya no volveré a dormir y por eso miro el cuadro cómplice de mis pesadillas. Si tan sólo pudiese quemarlo...

La fresca mañana de aquel lejano sábado de enero iba cediendo a la modorra del calor que aumentaba con el mediodía inminente, parecía evidenciarse que los grandes hechos siempre comienzan con unos más simples, cotidianos. El cajón maldito llegaba transportado por los descendientes y beneficiarios de las riquezas que el viejo dejaba como herencia. Desde la funeraria, me habían avisado el día anterior acerca de un

entierro inusual: un ricachón excéntrico condicionaba su millonario legado a ser enterrado en un ataúd transparente, para ser ubicado en una bóveda comprada por él, años atrás.

El viejo, en su recipiente inverosímil, llevaba las manos cruzadas a la altura de su pecho y un rosario aparecía entre ellas; además, el color típico de la decrepitud ya presumía su victoria final y la falta de una firme dentadura hacía que se le hundiesen los pómulos y los labios. Todo contribuía a suscitar un aspecto más que desagradable.

Al principio reinaba un respetuoso silencio; pero a medida que fueron pasando los minutos y la lentitud de los procedimientos funerarios hastiando a la concurrencia, el calor sofocante ganándole al sermón del sacerdote y el ansia de heredar al pudor, los murmullos descuidados dieron paso a charlas animadas cada vez con mayor intensidad hasta que el bullicio se hizo incontenible. Bromas, carcajadas, insinuaciones, seducciones y muchas otras impertinencias se hicieron corriente en esos instantes de arrebatado desmedido; como si el germen de la corrupción estuviese en aquel ataúd y esparciese su contenido infecto e inmoral a todos los testigos de su entierro.

Los primeros días posteriores a la singular sepultura me detenía allí, en mis habituales paseos, atraído por la posibilidad de ver los efectos de la descomposición. Si bien mis inclinaciones científicas estaban asqueadas, algo cercano a eso afectaba mi curiosidad. Pero también es cierto que mucho me forzaba el sentido poético que rodea a la muerte. Me refiero a lo que le hace parecer una mujer despechada, un ente inflexible, o demás cualidades humanas.

Muchas personas acertaban a pasar cerca y contemplaban asombrados, mientras se persignaban infinidad de veces; cuchicheaban enojados algunos y asustados los más supersticiosos. Pronto se transformó en un paseo morboso en el que la gente, simulando una visita a familiares ya fallecidos, figoneaba el cadáver con regocijo apenas disimulado. Vislumbré ciertas consecuencias (aunque debo reconocer que ignoré las trascendentes), por eso me pareció prudente dar cuenta de esta situación anómala al Secretario de Gobierno de la Municipalidad de Montañas Rocallosas.

El intendente cachetón y pálido, con esa palidez que causan las sillas, los escritorios y las reuniones, no le dio importancia al asunto y respondió, mediante su secretario: «Que se deje de joder ese bioquímico con especulaciones de películas». Ejercía su cuarto mandato, harto del pueblo ingenuo que lo votaba una y otra vez y ya se había acostumbrado a no hacer nada para prevenir inconvenientes o desgracias.

Los días en los pueblos transcurren con excesiva parsimonia, lentifican el tiempo hasta límites desesperantes y tornan la vida en abulia pura. Pero aquel viernes por la mañana, en que Antonia Pereira fue a colocar flores en el nicho de su esposo y descubrió los inicios de la putrefacción en el cuerpo del ya famoso difunto, nada fue igual en esta chacra asfaltada (como suelen decir los porteños), apática y sin brillo.

Las manos presentaban esa coloración oscura y brillante característica de la podredumbre. El abdomen y el tórax podían verse ligeramente hinchados, mientras que la cabeza comenzaba a semejar un globo. Los ojos renegridos de sangre coagulada, amenazaban con salir de sus órbitas; la lengua asomaba, muy roja y firme, desde la boca ya parda; la cara no tenía ninguno de aquellos rasgos que más nos distinguen en vida, a causa de la descomposición cadavérica iniciada.

La vieja chusma acercó sus ojos de lechuza a la bóveda y su aliento apestoso empañó el blíndex de la puerta. Con sus manos regordetas hacía de visera para evitar el sol y su luz pernicioso. Yo no podía dejar de observar sus movimientos eléctricos, afiebrados, sus bigotes hirsutos, su cara redonda y arrugada, sus pies chicos y gordos a

punto de reventar en esas chatitas, ni sus pasitos de cucaracha; cuando de pronto, se dio vuelta y se dirigió hacia mí. Sentí la repulsión de siempre cuando me cruzo con uno de esos humanos que derrochan sus capacidades como tales. Uno de esos que, dedicándose exclusivamente a dos o tres menudencias cotidianas, sustituyen la inteligencia, la pasión y el arte por la existencia animal o, incluso, vegetal. Por ello, huí rápido de allí, dejando a la vieja imbécil con la desazón de mi desprecio. En cuestión de horas, unas treinta personas igual de ratas, igual de chusmas, igual de seres para la nada que la vieja Pereira, rodearon la bóveda impúdica. La situación se escaparía de mis manos y maldije al intendente por no prestarme atención.

Para completar el caos, apareció el cura de la Catedral en representación del ejército de moralistas religiosos. Indignado, me culpó de profanar el sueño eterno de los hombres y de todas las desgracias venideras por la ira de Dios. Le expliqué los motivos y la condición para heredar que el viejo había impuesto a sus descendientes, también intenté hacer que me eximiese de responsabilidad alguna en la toma de esas decisiones. Pero el cura, muy acostumbrado a los dogmas, carecía de la gracia divina de escuchar y comprender. Nada hacía presagiar un final feliz entre él y yo, cuando llegó el inútil del intendente, alertado esta vez por algún alcahuete, porque vio la cosa mucho más seria. Fiel a su estilo, comenzó una perorata interminable que aproveché para escapar de mi oficina. En los alrededores de la bóveda se habían ido juntando decenas de personas que trataban de ver y quizás tocar algún pedacito de la muerte. Me pregunté por el sentido de la vida y por los seres humanos, pero no conseguí satisfacer mis dudas. Intenté hablar y pedir siquiera un poco de dignidad, pero nadie consiguió entender esa palabra y mucho menos ejercerla. Llegaron el sacerdote y el Dr. Oscar Prost, enarbolando el poder religioso y político del mundo en este pequeño y remoto lugar. Recordé a Foucault y al panóptico, y creí deducir la existencia actual de un poder tan vasto, ramificado, diría omnipresente, que sustituyó la construcción de panópticos con ladrillos por otra mucho más sofisticada y efectiva.

–La va a cagar –le dije al intendente refiriéndome al cura que ya atizaba, con su repertorio de moral barata, al pueblo descarriado. Otra vez la amenaza de la ira de Dios y el infierno, el pecado y los mandamientos, el alma con su eternidad inmaculada y el cuerpo con su perdición hedionda. La misma música de cañerías que por 2000 años viene soportando la civilización occidental.

Esta escena irrumpe ahora en la tela enmarcada frente a mí: ¡si tan sólo pudiese quemarla!...

Una atmósfera inexplicable, irracional, cargada de locura y muerte, invadía todo el cementerio. El cielo nublado como marco de una fiesta satánica, presagiaba un diluvio que nunca sucedió. La gente no parecía darle importancia al viejo cura, más bien miraba con indisimulado fervor al cadáver; como si la avidez de ver allí una putrefacción ajena, en realidad les produjese el placer de una infinitesimal muerte propia.

Algunos pájaros cruzaban muy cerca de nosotros y los árboles más altos movían su follaje. Los brazos del cura se elevaban y bajaban, señalaban al ataúd con su pecaminoso contenido y luego al público sordo. El viento, por momentos, arremolinaba masas de aire alrededor de nosotros mientras que el grado de hipnotización del público iba alarmándose.

Prost se acercó y abrazó, fraterno y comprensivo, al cura ya cansado. Todo el hechizo de Satán se derrumbó cuando empezó a hablar el gordito pálido; contra un

político no hay reino diabólico que valga. Él solo, con su discurso lleno de palabras y vacío de contenido, lleno de promesas y vacío de cumplimientos, logró rescatar a toda la muchedumbre del inevitable infierno. Anunció un plan para asfaltar más cuadras, llevar la red de agua potable y cloacas a barrios eternamente postergados, traer industrias y gestionar el Municipio como nunca se había visto antes (nadie parecía darse cuenta de que quien les hablaba llevaba 14 años ejerciendo el poder y no había hecho prácticamente nada de lo que todavía seguía prometiendo). La multitud, como suele hacerlo siempre, vitoreó animadamente la nueva proclama de vieja política. En la cumbre de lo grotesco, el inefable Dr. Prost pidió rezar un Padre Nuestro para permitir un descanso pacífico del difunto y rogó para que cada uno se retirase a su casa. Todos cedieron a la dulce oratoria del intendente y marcharon arrastrando los pies, hablando, juzgando y afirmando con esa seguridad de los simples que tanto deseaban los sabios.

–Mañana es domingo, van a volver –le dije ni bien se acercó el intendente–, y serán muchos más.

–Mañana será mañana –me contestó el muy pelotudo. Pero le agarré el brazo con furia para que no se fuera.

–Cada día estás más boludo, ¿no te das cuenta de que mañana es domingo?

–¿Y? –replicó mientras elevaba su hombro derecho.

–¡Va a venir medio pueblo! –le grité, y el cura intentó calmarme.

–Algún otro discurso se me ocurrirá, Mauricio –y esta vez se fue a paso de babosa, moviendo un culo apenas evidente.

El padre Ramón salió también y los vi charlar mientras caminaban. Volví a pensar en que el ejercicio del poder necesitó nuevos e ingeniosos panópticos a medida que la sociedad se hizo más y más vasta.

A la noche vi por televisión un médico forense que explicaba los procesos cadavéricos, cómo se iban sucediendo y superponiendo unos signos con otros. Me preocupó saber que estábamos en el octavo día desde la defunción y ya deberían notarse la inflamación abdominal y craneal debido a los gases de la descomposición.

Al otro día, el absurdo superó mis predicciones. Gente de pueblos vecinos había llegado para hacer más numerosa la concurrencia de curiosos que miraban y señalaban distintos indicios de putrefacción. Mi sangre entró en ebullición cuando escuché: «¡Café, cafeeeeeeeeeeeé!», y un gordo sucio aparecía arrastrando su carrito con termos mugrientos y de distintos colores.

Todos apretujados para encontrar un signo de pudrición donde no lo había, todos queriendo ver algo vedado, todos deseando verse y no verse en el viejo infame.

Los medios televisivos de Capital, advertidos de la noticia, habían enviado móviles de TN, Crónica TV, Canal 26, C5N, entre otros, que me entrevistaban una y otra y otra vez. Algunos retorcían las notas invocando mi pasado bioquímico y mi sed de experimentos como responsables de estos hechos, y me hacían ver como un científico loco. La verdad era que me estaba volviendo loco.

De inmediato, llegó el intendente acompañado por algunos funcionarios y, como si el poder se manifestara en sincronía, bajaron de un auto oscuro el padre Ramón Casal y el ¡Obispo Primado! En ese momento, envidié al viejo y a todos los muertos que tan en paz estaban.

–¡Este quilombo es culpa tuya! –le dije al inútil de Oscar Prost.

–Quedate tranquilo, ya me comuniqué con todos los herederos, van a venir con el abogado para encontrarle una solución a este descalabro.

No quise participar de toda aquella parodia y me fui a refugiarme entre los caminos menos transitados del cementerio. Me gustaba pasear por entre sus callecitas y leer los epitafios, buscar algún indicio del motivo del fallecimiento de los allí sepultados o alguna maldición encriptada por parte de los familiares sobrevivientes. Ansiaba descubrir la hipocresía en aquellas palabras pomposas para inmortalizar el comportamiento ejemplar de personas cuya virtud estaba más ligada al hampa que a la dignidad. También solía recorrer las bóvedas y analizar la inefable vanidad de los poderosos plasmada en lujosos vitrales, doradas cerraduras, exclusivas molduras, plateados candelabros y demás decoraciones inútiles.

Se escuchaban los rumores más lejanos en el tiempo que en el espacio; como si la serenidad que me separaba del gentío hubiese propiciado una distorsión en la comprensión de los acontecimientos bochornosos que se estaban produciendo. Mi celular sonaba insistente pero me rehusé a contestar, temí volver a la otra realidad. Sin embargo, fui alcanzado por Jorge, uno de los empleados del cementerio. Jadeando, me comunicó que el intendente pensaba llamar a la policía para desalojar, porque el abogado y los herederos no aparecían y la situación apremiaba.

La masa de gente había crecido en volumen como si se tratara de un bollo leudado para pizza. Ya se oían los gritos de «¡Al chori, chori! ¡Coca colaaaaaaaaaaaa!» y demás parafernalia que despliega el capitalismo cuando se adueña de una coyuntura, y esgrime, ufano y triunfal, su teoría reduccionista de la condición humana al intercambio comercial entre las personas. Se olía a comida y a tufo; se veían hombres, mujeres y niños comiendo, tomando, hablando y corriendo; se respiraba el clima típico de esas fiestas de la vaca o del ternero. También se percibía un final apocalíptico, o al menos, yo creía percibirlo.

Por suerte, el Dr. Lamadrid, abogado mandatario, llegó enseguida. Fue abordado por los clérigos y el intendente. Comprendió el desatino que había causado la condición impuesta por el fallecido para legar sus millones y prometió ocuparse esa misma tarde del tema. A duras penas y con el juramento de poder volver el lunes, el intendente consiguió que la gente se fuera del cementerio. Contemplando el hacinamiento hacia el portón de salida, se me antojó estar ante el acarreo de ganado.

El lunes muy temprano recorrí, otra vez, los caminos del cementerio. Luego me dirigí al féretro de acrílico, con el fin de ver cómo estaba el cuerpo. La hinchazón abdominal ya era muy evidente, la cara semejava un globo tenso a punto de estallar, los ojos estaban a punto de salir de las cuencas, el color pardo oscuro invadía toda la piel, una lengua gigante y de apariencia quemada, emergía como una víbora venenosa, un hilo de pus muy fino corría de la fosa nasal izquierda, como un río infecto.

El Dr. Lamadrid apareció sonriente para comunicarme que vendrían unos obreros a oscurecer los vidrios de la bóveda. Los cubrirían, en sus caras internas, con una gruesa capa de pintura negra. Pues, si bien las cláusulas testamentarias dictaminaban acerca de la transparencia del material con que debía ser construido el cajón y su posterior colocación en la bóveda familiar ya edificada, nada decían sobre la posibilidad de ocultarlo modificando otros elementos. Al abogado le pareció un descuido de su cliente, un resquicio por el que se escaparía el fin de mostrar su cuerpo pudriéndose de a poco.

En un primer momento respiré con cierta tranquilidad al comprender que el final se acercaba y era feliz; luego, surgió una sensación irracional que me convencía y alertaba de todo lo contrario. Como esa duda atroz que nos corroe el alma cuando sospechamos, sin lógica alguna, lo opuesto a la explicación racional y coherente que

alguien nos esgrime. Intentando encontrar alguna grieta mental por donde se filtraba esa duda absurda, forcé mis razonamientos al límite, pero fue en vano. Tampoco podía desecharla porque era muy intensa y válida, muy sonora y visible; muy real a pesar de su imposibilidad. Por eso me fue imposible admitir, como los demás, un error en los planes del viejo.

Para el mediodía, las refacciones estuvieron finalizadas y ya no se podía ver el interior. Fue en el instante en que probé la naturaleza de la nueva opacidad, acercando mi cara, cuando sentí con más fuerza ese estremecimiento inverosímil que me anunciaba un desenlace fatídico. Me aparté asustado y tembloroso, pero a nadie pude explicar mi desconcierto. Prost, Lamadrid, el padre Ramón y demás personajes que pululaban a mi alrededor, justificaron mis espasmos a la tensión nerviosa acumulada en los últimos días; todos estaban contentos, sus gestos así lo expresaban.

La escasez de acontecimientos notables en los pueblos mantiene bajo presión esa constante necesidad de sensaciones; sea el asombro a lo novedoso, la euforia ante un espectáculo, la tristeza por un hecho fatal, o cualquier otro que conmueva el espíritu vegetativo de la vida pueblerina. Por eso estalla cuando un hecho de magnitud considerable hace su presencia sin importar si es digno, sobrio, culto, enfermizo o cruel.

Pronto, la noticia llegó hasta el último desorejado de Montañas Rocallosas y prosiguió a los de los pueblos limítrofes. Cerca de las cuatro de la tarde, el cementerio volvió a ser el pandemonio que había sido el domingo; o quizás peor, porque algo les hizo pensar a los mercaderes viciosos que esta vez sería más provechoso el circo, y, en vez de payasos y domadores, lo construyeron con parrillas, pizzas, cervezas, helados, remeras impresas con el ataúd y faros para la noche. Un verdadero delirio mercantil.

No tardaron en oírse los gritos que exigían ver el féretro y su contenido, incluso se escucharon improvisados cantitos propios de hinchadas de fútbol. Cuando empezaron los primeros golpes en la puerta de la bóveda, lo demás sucedió con la vorágine de los actos desbocados. Un ladrillo rompió un vidrio; luego, un nuevo ladrillo voló y otro vidrio estalló; otro ladrillo más en la pared vidriada y el cajón de acrílico hizo, al fin, su aparición en lo alto, sostenido por las manos del gran monstruo masificado. No tuve tiempo de pensar, sólo me dispuse a caminar y seguir a la turba que recogía acólitos a su paso, cuando no vítores y aplausos. Parecíamos parroquianos de una procesión macabra que adorábamos al dios de la muerte y en comunión con su mesías, la putrefacción. Los líderes se dirigían a la plaza San Martín, ubicada en el centro del pueblo. Una vez allí, todos en corro nos dedicamos a la contemplación del cuerpo inerte. Las deformaciones ya habían borrado los rasgos que tuvo en vida, era una verdadera porquería. Y quien haya visto este espeluznante espectáculo, nunca podrá volver a concebir la muerte como un mero viaje, ni jamás podrá vivir en paz consigo mismo.

Sobrecogía el silencio total y las expresiones en las caras de todos, supongo que en la mía también. Causaba cierta confusión ver cómo aquellos lugareños idiotas, de golpe parecieron dotados para la organización; algunos daban certeras órdenes, otros las acataban perfectamente, todos realizaban turnos de vigilancia, racionaban la comida y la bebida. Pero más impresionó ver la transformación de seres humanos en seres para la muerte, quienes vivían y se desvivían en cuidar el precioso botín de guerra que habían elegido para adorar. Durante varios días, representantes de los diversos poderes habrían de desfilar y hablar con los cabecillas, esperanzados en la posibilidad de que los alienados fueran encauzados, nuevamente, por los caminos de la razón. Así, un día fue el intendente con funcionarios de salud y cultura; otro, los comisarios de la Policía de la Provincia y de la Federal; luego, clérigos de todas las religiones. También militares y

hasta el Gobernador. Lo único concreto era el aumento sostenido en el número de fieles que se bautizaban en la muerte; como si el ataúd y su contenido fuesen la nueva Torre de Babel.

Habían pasado ya unos veintitrés días desde el fallecimiento del viejo millonario; algunos cabellos se habían desprendido y las uñas parecían correr el mismo destino en poco tiempo más. Lo más impactante fue el espectáculo que tuvo lugar cuando los gases comenzaron a escapar del cuerpo inflado. Porque, a diferencia del proceso natural en el cual se diseminan por el aire circundante y el cuerpo va perdiendo volumen de a poco como si se desinflase, el cajón cerrado con fuerza, en cambio, los mantuvo. La concentración de esos gases fue aumentando, y la presión contra los tejidos blandos modificó, en cuestión de segundos, lo que había sido el cuerpo de un hombre. El resultado fue una secuencia terrible que comenzó con el aplastamiento del abdomen, continuó con una formidable cantidad de líquido negruzco que salía de los orificios y culminó con toda la carne bien pegada al hueso.

Los paganos estaban extasiados; como si se tratase de la resurrección de Cristo, contemplaron la fuerza invisible que hundía el cadáver podrido del viejo con una locura formidable. Era una monstruosidad indiscutible pero también intensa, vital; nadie hablaba ni gesticulaba, apenas respirábamos y parpadeábamos. La escena era coronada con un silencio único, casi helado y viscoso, que no sólo nos rodeaba y atrapaba, sino que nos impregnaba, se nos metía en la piel y nos hacía delirar con el aplastamiento de la carne contra los huesos. Las deformaciones categóricas del cadáver, nos hacían vivir como en un exceso de realidad en donde veíamos, oíamos y olíamos cada suceso como un fenómeno que llenaba el vacío de la existencia intelectual y cultural y nos arrojaba a la pura animalidad de los acontecimientos. Animalidad que, sobrepasando incluso aquél vacío, aniquilaba la pasmosa intelectualidad y la vida volvía a ser puro vértigo.

Cuando la gente comprendió que no habría más cambios, la zozobra irrumpió en aquellos rostros. Vi dolor y espanto, intuí que se preguntaban cómo renacer, cómo retornar a la fastidiosa cultura y razón encerrando de nuevo al animal otra vez, cómo volver a sacrificar tantos y tan poderosos estímulos en pos de una Ilustración cuyos encantos nunca proporcionaron más que cierta tibieza sensorial.

La voracidad más feroz conocida nunca atrapó a la población de Montañas Rocallosas. Aparecieron muchas personas con más cuerpos, vaciaron el ataúd transparente de las migajas intrascendentes y lo colmaron de muerte para la vida. Para la vida de los trastornados con la muerte, que llegaban de todas partes con trofeos a la rastra. Alguien propuso incrementar lo siniestro trayendo un gordo gigante que logró hacer entrar en el cajón de acrílico luego de quebrarle algunos miembros y apretar muy fuerte la tapa; mientras los más delirantes saltaban tratando de embutir al gordo a la vez que articulaban alaridos, como los indios cuando invocaban la lluvia en aquellas películas de la niñez. Muchos consiguieron peceras rectangulares y de tamaño suficiente como para que cupiesen cuerpos chicos, como un enano, una mujer anoréxica, una niña, un perro; todo servía para el espectáculo. Otros, apenas pudieron poner un par de brazos o piernas. Uno cerró un auto con seis cadáveres adultos. ¡Era escalofriante ver cómo todos mataban, quebraban o desmembraban para conseguir más y más enajenación!

El intendente, encapuchado y apenas reconocible, me tomó del brazo izquierdo y me condujo en silencio hacia la Municipalidad. Cruzamos una de las calles que rodean la plaza e ingresamos en el edificio viejo y descascarado. Subimos al segundo piso y aparecimos en un despacho que yo desconocía; desde allí podían verse los acontecimientos macabros que la turba seguía generando.

Estaban reunidos todos los funcionarios municipales, algunos de los vecinos más influyentes y poderosos del pueblo, el comisario, el teniente coronel del Regimiento, el cura de la Catedral acompañado del Obispo Primado y autoridades de otras religiones, el Gobernador de la Provincia y el Presidente de la República; el poder a pleno. También se hallaba un grupo aparte constituido por tres hombres mayores que parecían extranjeros, ingleses quizá. Nunca supe por qué estaba yo ahí.

Habló el Presidente y anunció el estado de sitio para todo el Partido de Montañas Rocallosas y la creación de un escuadrón especial con facultades ilimitadas para la represión y encauce a la normalidad. Explicó que asesores internacionales le habían solicitado que eliminara el problema de raíz porque se trataba de una extraña epidemia psicótica, y temían se esparciese por todo el mundo. Por eso, fue elegida una solución final en vez de volver a civilizar encarcelando o encerrando en manicomios.

Pidió una bendición a los religiosos que aceptaron gozosos, exigió ayuda a los millonarios presentes (después de tantas prebendas, no pudieron negarse), y prometió que esta situación se resolvería en cuarenta y ocho horas a partir de las siete del día siguiente.

Bueno sería que las promesas electorales se cumpliesen como la tarea que ejecutó el Presidente en aquellos dos días. Los únicos sonidos eran del paso de los tanques, de los jeeps y las ametralladoras; cada tanto, un grito que se ahogaba luego de una ráfaga de balas. Al amanecer del tercer día, no se vio un ser para la muerte en pie; había sangre, cuerpos, miembros, cabezas por todas partes. Y no sólo en la plaza principal, también en las de los barrios, en las calles, en las copas de los árboles. La ciudad fue un cementerio y, si bien es cierto que se limpió y acondicionó, el aire sepulcral quedó instalado y creí sería para siempre.

Muchos años después, la nueva ciudad reluce tal como la dejaron los millones volcados a la reconstrucción y ocultamiento de las lejanas y monstruosas experiencias vividas. Millones provenientes de muchos y variados despachos nacionales e internacionales fueron invertidos. Millones para asfalto, servicios, fábricas, empresas, edificios, traslados de familias importantes. Sin embargo, no me equivoqué en mi suposición y en el aire aún se sienten algunos resabios de aquella atmósfera bárbara y desquiciada; como si continuasen los festivales de cuerpos, miembros y cajones transparentes en una especie de dimensión alternativa, solamente percibida por unos pocos. Todos los dementes fueron asesinados, como también muchos que parecían serlo y algunos que no lo eran. Yo mantuve el cargo en el reacondicionado cementerio que ahora se asemeja a una fortaleza impenetrable.

Pienso que igualmente nos vigilan a todos los que quedamos vivos y en especial a mí, por haber estado en la plaza aquella noche en la que el intendente me rescató. Veo gente extraña caminando por la ciudad, autos sin patentes circular despacio, como espiando, sombras por todos lados, veo o creo ver cosas y la cabeza me explota de pensamientos y miedos; sobre todo temo que descubran la pecera que tengo en mi casa en donde encierro un animalito muerto cada tanto.

